

Oro rojo

1ª edición: marzo de 2010

© Marianna Párraga, marzo de 2010

© Ediciones Puntocero, marzo de 2010

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.



EDICIONES PUNTOCERO

Apartado 50.304. Caracas 1050, Venezuela

Telf.: [+58-2] 762.30.36 / Fax: [+58-2] 762.02.10

e-mail: contacto@edicionespuntocero.com

www.edicionespuntocero.com

ISBN: 978-980-7312-04-2

Depósito legal: lf2522010800720

Diseño de colección y diagramación

Ediciones Puntocero

Fotografía de portada

© Aaron Sosa / Orinoquiaphoto

Corrección

Magaly Pérez Campos

Impresión

Gráficas Lauki

Printed in Venezuela

Oro rojo

Desentrañando el misterio de la PDVSA revolucionaria

MARIANNA
PÁRRAGA

Texto seleccionado
para Ediciones Puntocero
por Alonso Moleiro

Índice

El petróleo hecho polémica POR ALONSO MOLEIRO	7
Introducción	11
CAPÍTULO I	
El puño del Estado	17
CAPÍTULO II	
Las dudosas finanzas de PDVSA	35
CAPÍTULO III	
La incógnita operacional	59
CAPÍTULO IV	
La generosa diplomacia petrolera	85
CAPÍTULO V	
Los tintes de la corrupción	101
CAPÍTULO VI	
Rafael Ramírez, el artífice	107
CAPÍTULO VII	
La PDVSA desdibujada	123

A mi Mara Carmen

El petróleo hecho polémica

POR ALONSO MOLEIRO

POCO SABEMOS DE LOS VERICUETOS de la industria petrolera. La actividad económica que mueve a la nación y que comprende el rasgo más visible de nuestro ejercicio industrial trae encriptada una serie de complejos procesos de geología, ingeniería y minería sobre los cuales el grueso de los venezolanos no sabe nada.

Es esta una verdad incontrovertible. Aunque el siglo XX, y probablemente casi todo el XXI, sean, para nosotros, los siglos del petróleo. Aunque algunas consecuencias colaterales de su intensa actividad hayan calado profundamente en el perfil cultural del venezolano contemporáneo. Aunque parte de nuestra literatura y la historia de nuestras regiones recojan grandes y pequeñas anécdotas vinculadas a su explotación.

Menos todavía sabemos de Petróleos de Venezuela. El funcionamiento interno de esta gigantesca corporación, una de las sociedades mercantiles más grandes –probablemente la más– de toda América Latina, sus laberínticas ramificaciones, sus procesos tecnológicos, sus gigantescas refinerías, sus propiedades e intereses en el mundo entero, no son, en absoluto, dominios informativos que sean patrimonio ciudadano.

Durante décadas enteras PDVSA existía y no daba demasiados sobresaltos noticiosos. Alguna vez se pensó que no seríamos capaces de gerenciar con eficiencia el negocio petrolero; a poco andar, «la industria» se volvió un coto cerrado de respingados tecnócratas con pocos miramientos en materia de autopercepción, que tenía completamente

resueltos todos los extremos de la producción y que llegó a ser un emporio gerencial sobre el cual se afincaba un fundado orgullo nacional. PDVSA era intocable. La política le pasaba por las narices sin mayores consecuencias. De vez en cuando, a lo sumo, prestaba alguno de sus gerentes para la gestión pública.

Un buen día entró el siglo XXI, cambiamos de Presidente y de Constitución, y PDVSA, la otrora impoluta empresa petrolera, uno de los puntos sobre los cuales se afincaban las convenciones de nuestra nacionalidad, entró en el huracán de la polémica pública. Resultó que habíamos olvidado lo obvio: la empresa era estratégica y cualquier proyecto de poder con agallas tenía que delinear un ambicioso y exigente plan para reconfigurar su misión y tomarle el mando.

Lo hizo, además, como el epicentro de un turbulento proceso político, ese que, por poco, desencadena la violencia generalizada y sobre cuyas costas estaba cabalgando una conspiración. Hablamos de historia reciente. El elenco gobernante quiso hacer valer su voluntad dentro de la compañía. A poco andar comenzó a objetar severamente sus nunca antes cuestionadas decisiones gerenciales: su política de mercado; sus orientaciones estratégicas; el costo de sus procesos; la antes sacrosanta «meritocracia»: política de promoción de mandos gerenciales especializados, ajenos a la diatriba pública sobre los cuales, en las circunstancias planteadas, era imposible que el gobierno lograra lo que quería lograr. Las contradicciones de la empresa comenzaron a entrar en la boca de la gente.

El despido de la nómina mayor de PDVSA, casco calado y pito en mano, que llevara a cabo el presidente Hugo Chávez, pórtico de los tristes sucesos del 11 de abril, se convirtió en el punto de condensación de la crisis del turbulento año 2002. Una de las postales del conflicto de carácter estructural planteado en Venezuela: los años de la polarización. Petróleos de Venezuela se volvió la espoleta de una granada.

La industria ha vivido, desde entonces, de la mano de su nueva gerencia, un agresivo proceso de reingeniería interna y un confesado plan para conquistar horizontes políticos. La visión ahora es «nacional,

popular y revolucionaria». No tiene nada de raro, entonces, en esas circunstancias, que sus alguna vez incontrovertibles números de producción y costos comenzaran, a partir de 2003, a oscilar, de forma a veces antojadiza. Desde entonces los números son bicéfalos. La disparidad de panoramas sobre la salud de la corporación varía de acuerdo con la procedencia del informe y contrasta con el otro notoriamente.

Los directivos y el alto gobierno establecen un combate comunicacional evasivo y omiten dar las cifras precisas de la industria; sus detractores dibujan una hecatombe que no termina de consumarse: pozos abandonados, taladros paralizados, refinerías sin mantenimiento, producción en descenso. La orimulsión, aquel novel invento fruto de la tecnología con factura propia, olvidada sin remedio. Intevep, la joya de la corona en materia de valor agregado nacional, con sus mejores cuadros gerenciales en la calle.

¿Cómo funciona, pues, la PDVSA «roja, rojita»? ¿Es cierto que «está quebrada»? ¿Cómo es posible, si es que lo está, que sobre sus hombros repose, de un tiempo a esta parte, una inconcebible cantidad de proyectos industriales y de servicios adicionales? Nunca como ahora PDVSA, aquella taza de plata que soltaba incluso con algunos remilgos sus utilidades al resto de la nación, la megacorporación planetaria que mantenía a un maltrecho país petrolero, se ha convertido en una ambiciosa palanca para maniobrar de forma penetrante en el escenario internacional y llevar adelante millonarios planes sociales de amplio espectro y éxito político. ¿Cómo puede tener asignadas, incluso, actividades agrícolas y el extravagante PDVAL?

Marianna Párraga es una de las contadas periodistas capaces de realizar una navegación desapasionada y responsable por uno de los misterios más grandes de la realidad nacional: el verdadero estado de Petróleos de Venezuela. Es una reportera metódica, con un envidiable acceso a fuentes noticiosas directas, casi inalcanzables para el resto de sus colegas; que ha cultivado un merecido prestigio gracias a sus enfoques precisos y sus contundentes reportes deslastrados de posiciones previas y obsesiones políticas que, al caso, lo único que hacen es estorbar.

En las reuniones preparatorias para esta nueva entrega de Ediciones Puntocero, y durante el desarrollo del proyecto, tengo que atestiguar que la sometí, de forma compulsiva y en circunstancias distintas, a una batería de preguntas de todo calibre sobre el negocio petrolero y el estatus de su gerencia actual.

El mejor negocio del mundo, dicen, es administrar una gran empresa petrolera. El segundo, administrar una empresa petrolera mal. La PDVSA actual parece estar a una distancia abismal de las exquisiteces gerenciales del pasado; sus proyectos gasíferos caminan con lentitud; el prometido despegue petroquímico sigue en veremos; el mantenimiento de sus millonarias propiedades camina con mucha torpeza; sus deudas y problemas de caja parecen evidentes, pero claro que es una compañía lejos de estar quebrada. No podría llevarse adelante la audaz política internacional que adelanta Miraflores con un harapo que sólo arrastre pasivos. El gobierno parece tener en mente otras prioridades: abandonar el preciosismo administrativo y culminar procesos con claros contenidos políticos. Darle forma, por ejemplo, a la explotación de la Faja del Orinoco, ese océano de crudo extrapesado en el cual se están invirtiendo toneladas de dinero desde empresas de todos los confines del planeta.

Cuando se escriba su historia durante los años en curso se tendrá que hacer mención obligada al omnipresente y relancino Rafael Ramírez, un gerente público que parece mandado a hacer para Hugo Chávez: trabajador compulsivo eficiente, con experiencia, pasado político y un fundado odio de clase. Uno de los pocos miembros del alto gobierno que luce longevo en su cargo, sobre cuyos hombros recae toda suerte de responsabilidades contrastantes. La cantidad de obligaciones de Ramírez luce inmanejable y parece sugerir algo sobre la cantidad de plazos pospuestos y la marcha de los proyectos de la compañía. También sobre él hay en este volumen una interesante aproximación personal con una interesante cantidad de revelaciones.

Este volumen es uno de los esfuerzos más acabados por contar toda la verdad sobre Petróleos de Venezuela en este tiempo histórico.

Introducción

«TODA MADRE CUANDO TIENE UN HIJO quiere que le diga mamá. Yo no tuve la oportunidad de escucharlo», dice Lucrecia Sánchez (nombre ficticio), madre de un niño de dos años que nació sordo y que en 2008 recibió uno de los 100 implantes cocleares que ha estado donando Petróleos de Venezuela como parte de un amplio programa de ayuda médica que para estos casos específicos recibe la ayuda de su filial en Estados Unidos, Citgo Petroleum Corporation, y del Hospital Clínico Universitario.

«Sé que ahora podré escucharlo», dice Lucrecia y la sonrisa cambia la expresión de su rostro. Su hijo, que corretea feliz por la plaza, se encuentra ahora en terapia de lenguaje para poder comunicarse por medio del habla. Esta fase de su programa médico, que suele ser extensa y costosa, también es asumida por PDVSA.

Como Lucrecia, muchas madres y padres de niños con problemas de audición tardan en notar el problema y luego deben afrontar un peregrinaje para poder costear los tratamientos médicos necesarios para corregirlo. El implante coclear que le permite oír costaba en 2009 alrededor de 21 mil dólares, un monto difícil de asumir para una familia promedio venezolana.